

Esta mañana de domingo

7:10 de la mañana. Me levanto. A menos que tenga muchísimas cosas que hacer no pongo el despertador los domingos, pero mi reloj biológico demanda sus parámetros constantes y no me deja estar mucho más tiempo en la cama. En el domingo hay que recuperarse de los madrugones de toda la semana. Tampoco necesito descansar más. Café con leche y tostada, como siempre, pero hoy añadido un poco de zumo de naranja. Los niños duermen.

El patio tiene aún la sombra del invierno, aunque la parra hace ya unas semanas que ha brotado. El naranjo ha transformado en diminutas frutas sus flores de azahar. Este año ha estado cuajado, pero es demasiado joven para poder soportar tanta naranja. Ya veremos las que llega a madurar. En el frescor de la mañana voy barriendo el patio con el cuidado de hacer el mínimo ruido. Nadie pasa por la calle. El único sonido es el de los incansables vencejos que nos traen notas de otras tierras, de otras culturas. Las azucenas de S. Antonio también ha florecido. Siempre me da la sensación que más que comenzar la primera, estalla. Eso es, una explosión de color y vida que no deja de sorprenderme. En la palera se han establecido una familia de abejorros, han hecho su hogar en uno de los palos que sujeta el tejado. Debo expulsarlos de ahí porque se están comiendo el palo. La verdad es que no me molestan. Pienso en S. Francisco, en cómo lo haría. Me gusta verlos, me llama la atención como buscan el hueco en el cortinón para acceder a la palera. No parece que les resulte demasiado fácil. Cuando llego barriendo a la altura de la cocineta paro unos minutos y me asomo por los cristales de la puerta. La estera, la mesa baja, las plantas, las velas. La cocineta me hace siempre una invitación a entrar. A propósito este año debería pintarla. Tiene ya varios desconchones. En cuanto termine con el patio paso un rato. Sigo pensando en S. Francisco, en los abejorros y retomo el ritmo con el escobón. La puerta metálica que separa la calle del patio ha perdido el color azul intenso de hace unos años. También necesita una mano de pintura. Las casas tiene más trabajo que los pisos. El silencio de la aldea me envuelve y me hace sentir bien. El patio ya está limpio. He apartado unos tiestos de maceta que debo tirar. Las plantas están abonadas, pero queda comprar un poco de tierra. La begonia de invierno con los canalones se ha quedado en las raíces. Justo a su lado hay una bolsa donde intento hacer yogur de forma artesanal. Me siento un segundo en el escalón de la puerta que da acceso al patio desde la casa. No tengo prisa. Abro mis sentidos a más no poder.

No me gustaría estar en otro sitio. No me gustaría estar haciendo otra cosa. Los niños aún duermen. El rosal ofrece su aroma de forma generosa y gratuita. No llegará a tener 104 rosas a la vez, como hace unos años. Es mayo. Es domingo.



Alfonso G^a Santiago